



**Román Tornero Rubio, 88 años.**  
**Sara Domínguez Pariente, 21 años.**

## La buena estrella de Román

¿Han sentido el peligro de la caza de jabalíes? ¿Les ha estallado en las manos una escopeta? ¿Han sido disparados por el enemigo con metralletas y granadas durante la guerra? Román Tornero, de 88 años, ha vivido esto y más en una existencia cargada de aventuras y desgracias, de alegrías y tristezas.

No muchas personas han tenido a la muerte de frente alguna vez. Román, de 88 años, no sólo se ha visto en esa situación, sino que además en varias ocasiones. La naturaleza, los animales, las aficiones o la propia mano del hombre se han cruzado a lo largo de su existencia de tal manera que le han hecho pensar que hay algo o alguien que cuida de él. Dios, ángel de la guarda, destino o suerte, Román, después de casi nueve décadas de existencia, no se atreve a calificarlo. ¿Por qué? Probablemente su propia experiencia ha hecho que al sentir de forma tan grande esa protección no desee siquiera pensar en una definición concreta de lo que es.

Las vivencias más duras de nuestro afortunado Román acontecieron a lo largo de la Guerra Civil española. Los manuales escolares o las investigaciones de los expertos no hacen justicia a las historias de millones de españoles que sufrieron en sus carnes la lucha entre republicanos y nacionales. Nuestro protagonista nació en un pueblo de Madrid, Alpedrete de la Sierra. Pertenecía a una familia obrera que trabajaba la tierra y cuidaba el ganado. Cuando tenía 17 años fue reclutado para el ejército republicano como dinamitero. Mientras fue soldado, llevó colgadas de su cuerpo las granadas que se empleaban en la batalla. Un día, mientras su grupo descansaba en un prado, vieron llegar a los nacionales a lo lejos. Con las prisas de la huida, muchos macutos cargados con munición y alimentos se quedaron en el lugar. El joven Román fue obligado por su capitán a volver allí para recuperarlos, cuando las tropas nacionales estaban demasiado cerca. Hombre valiente, no tuvo más remedio que regresar y echarse al hombro algunos macutos mientras salía corriendo. En su huida, las balas y las granadas llovían alrededor del soldado, que corría desesperadamente por salvar su vida. Tuvo suerte, pues no le ocurrió nada y pudo terminar con éxito su misión. "Las balas no me hacen nada", dice Román, convencido de que ya por entonces estaba siendo protegido por algo o alguien.

Durante el sitio a la capital, su batallón fue emboscado por las tropas nacionales. Al ver que ya no tenían escapatoria, y que el cerco era inquebrantable, el capitán al mando se suicidó, la suerte que le esperaba era peor que un tiro en la cabeza. A raíz de esta situación, el soldado republicano y sus compañeros fueron convertidos en prisioneros de guerra. Se les envió a un seminario de curas tomado por el bando nacional, edificio de dos plantas en Vizcaya. Más de setecientos hombres vivieron durante cuatro meses en este lugar derruido sin agua, comida, ropas, y teniendo como únicos acompañantes a los piojos y a ellos mismos. Muchos hombres murieron intentando conseguir comida, restos o provisiones. Pero la buena estrella de Román le acompañaba, haciendo que su cuerpo no desistiera y que su alma no sucumbiera a la tristeza. Un buen día, trasladaron a los pocos prisioneros que quedaban para trabajar en Cataluña. Nuestro protagonista, como no, había sobrevivido a esta experiencia y aun tenía fuerzas para aguantar.



En la Guerra Civil el bando nacional utilizó a los prisioneros para reconstruir infraestructuras que habían destruido los republicanos a su paso. El soldado, ahora apresado, fue destinado a Lérida para reconstruir el puente del Río Segre volado por los "rojos". También durante esta obra murieron muchos prisioneros. Caían al río y eran tragados por las aguas para siempre. Afortunado Román, esto no le sucedió a él. Una vez acabado el trabajo, fue destinado a Martorell a seguir reconstruyendo puentes. Por aquel entonces se les daba el alimento justo para poder sobrevivir y trabajar de sol a sol, y Tornero y sus amigos robaban frutas y hortalizas de las plantaciones particulares para poder mantenerse en pie. Además, el joven Román, encargado de la vigilancia de los materiales de reconstrucción de los puentes, vendía madera a un carpintero para conseguir dinero. En una ocasión, incluso planeó con cinco compañeros escaparse a Francia, pero quiso su mala suerte o su destino, quien sabe, que justamente la noche que se iban a escapar movieran al grupo a Zaragoza.

En Zaragoza vivió nuestro protagonista el fin de la guerra. Tardarían un año en permitir que volviera a su casa. El General Franco, convertido en máxima autoridad tras el triunfo nacional, decretó que todos los soldados republicanos que no tuvieran las manos manchadas de sangre podrían volver a sus lugares de origen, con la obligación de realizar posteriormente el servicio militar. Como afirma Román, "yo nunca he hecho nada malo", así que nuestro hombre fue enviado de vuelta a su pueblo. La familia Tornero pensó que su hijo estaba muerto hasta que éste pudo escribir una carta ya concluida la guerra en Zaragoza. Cuando regresó a Alpedrete de la Sierra, las cosas habían cambiado mucho. La novia que tenía antes de ser reclutado, al ver que no volvía, se había casado con otro hombre, mientras que los cargos del pueblo estaban ocupados por fascistas. El alcalde del pueblo, un fascista extremo, se encargó personalmente de dar malos informes al régimen sobre el hijo de los Tornero. Así, el joven fue obligado a realizar el servicio militar en Zaragoza. Sin embargo, la familia tenía entre su círculo de amigos a un médico que facilitó al hijo un certificado de enfermedad. Tuvo que asistir a la convocatoria para realizar el servicio, pero pasó cuarenta días en la enfermería hasta que fue declarado primero incapacitado temporal y finalmente excluido, pudiendo volver a casa. La suerte también estuvo de su parte, pues una gran parte de los jóvenes convocados en Zaragoza murieron de forma sospechosa. Cuenta Román que desde su cama del hospital veía como a los hombres de mala conducta se les llevaba allí para ejecutarlos mediante inyecciones letales.

La buena estrella ha acompañado a Román a lo largo de toda su existencia, no sólo en la Guerra Civil sino también en su trabajo y en sus aficiones. Cuando su vida se normalizó y pudo dedicarse a cuidar de las tierras y el ganado, nuestro protagonista conoció a una joven con la que se casó, teniendo dos hijas que nacieron en Alpedrete de la Sierra. A través de los años, este hombre ha desarrollado una gran afición por la caza de jabalís. En varias ocasiones ha visto a la muerte de cerca representada por estos animales que se rebelaban y que llegaron incluso a cercarle antes de caer muertos. Sin duda, la situación de mayor peligro la vivió nuestro amigo en un día de caza. No fue un animal el causante, sino la escopeta que cargaba. El arma estalló debido a la pólvora que llevaba dentro, hacia la mitad del cañón. Román cayó inconsciente debido al estallido y sufrió una conmoción. Pero, como él mismo afirma, de nuevo tenía una protección que le cuidaba, pues si la escopeta hubiera estallado más cerca de dónde él la empuñaba, como mínimo habría perdido la mano, y desde luego podría haber muerto.



Trabajó en muchos sitios, la mayoría peligrosos, hasta que fue a vivir a Madrid. La labor en una fragua con metales ardiendo, o el derrumbamiento durante la realización de un túnel, supusieron una nueva ocasión de riesgo para nuestro protagonista. Finalmente, comenzó a trabajar en el mantenimiento de la Ciudad Deportiva del Real Madrid, y allí pasó sus días laborales hasta la jubilación. A pesar de todos los incidentes de su vida, Román afirma que “nunca me ha faltado de nada”. Para él su familia es lo más importante, hecho que se aprecia en el tatuaje que luce en su antebrazo, un corazón con las iniciales de su madre, o en el cariño que demuestra al hablar de sus hijas, cuando afirma que “cada peseta que ganábamos era para ellas”. Es viudo desde hace unos años, su mujer, Elena, está siempre en su recuerdo y su conversación. Cuando le preguntamos que le había faltado en su vida, que le quedaba aun por hacer, él nos comentó que su deseo era “conocer otras tierras”, es decir, salir de España, pues hasta ahora no lo ha hecho nunca.

Román Tornero comenta: “por cuantos sitios y por cuantas cosas he pasado, que yo tengo quien me protege es tan cierto como que me tengo que morir”. No es héroe por soldado sino por superviviente, y la buena estrella que le acompaña puede ser cualquier cosa. Si sigue entre nosotros y algo o alguien lo ha salvado tantas veces es porque se merece tantas oportunidades como le puedan surgir. La buena estrella de Román es, ante todo, su luz propia.

## Lo importante de la vida

¿Qué es lo que merece la pena de la vida? Esta pregunta es, posiblemente, la más difícil que puede hacerse alguien en su vida. Si además de la complejidad de la respuesta le añadimos el que una joven de veinte años sea la que le haga la pregunta a un anciano de casi noventa, entonces empieza a convertirse en algo muy interesante. Parece que en las relaciones intergeneracionales el interlocutor más joven siente que tiene la libertad de preguntar lo que sea. Y es que oportunidades como esa no se presentan a menudo. Es parecido a tener delante un libro muy antiguo y algo deteriorado, con hermosas tapas de cuero, un incunable que a día de hoy vale oro. ¿Quién no aprovecharía para intentar averiguar el gran secreto que solo se consigue a través de la experiencia y de los años?

Ochenta y ocho primaveras son lo que dieron licencia a la joven para intentar descubrir lo que realmente merece la pena vivir, para saber que es lo importante que se aprende, que la vida te enseña mediante alegrías y tristezas. ¿Qué es lo más importante, qué merece la pena? Pregunta complicada, se tarda un tiempo en responder. El no estar sólo, el tener a alguien al lado. La familia, contesta la voz de la experiencia, es el pilar fundamental para la existencia, y la descendencia es el mayor regalo que la vida puede dar. Cuando miras atrás en tu pasado, lo que realmente importa, los recuerdos que inundan, son las ocasiones que compartiste con la gente que quieres. Una idea que da mucho que pensar.

Por otra parte, el jugo que alguien le saca a la vida también es un asunto de especial delicadeza. Cada persona, cada experiencia, marcan un camino a seguir que complementa paso a paso la sabiduría de cada uno. La trayectoria vital del anciano de más de ocho décadas le ha mostrado en primer y esencial lugar, que hay algo que cuida de las buenas personas, que no permite que nada les ocurra. No suele atreverse nadie, ni el anciano tampoco, a poner nombre a esto. Además, la vida enseña que hay que aprovechar cada momento como si fuera el último, porque se pasa por



muchas cosas y nunca se sabe que va a ocurrir. Cada giro que da el sendero hacia la madurez es importante, constituye un grano de arena más en ese reloj que marca el principio y el final del camino.

Finalmente, lo que trata el anciano de transmitir en la conversación a la joven inexperta, es que todas las preguntas que pueda hacerse sobre la vida deben ir respondiéndose poco a poco, con todos los minutos y ocasiones vividas, con cada experiencia. Cada persona decide que es importante en la vida y que quiere aprender a través de sus actos y decisiones, por lo que cualquier testimonio, aunque orientativo, no es comparable con la propia experiencia de descubrir lo que depara la vida.